



Rodio

Ayuntamiento de Madrid

Dib. RODIO.—Zaragoza.

—Mi marido se marea, y quiere desembarcar en seguida. ¿Cuál es la tierra más próxima?
—El fondo del mar, señora.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)


Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ



LOS TAMOS
POLVOS INSECTICIDAS
LEYER & COMP^a
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

8.—¿Que no muerde el perro?

A_{TV}
EJIRA
S

9.—¡Adios!

NOTA Q_{VLON}
NOTA Tribunal NOTA
NOTA
CUERDA

10.—¿Qué servicio os hacen esos?

BOXEO
MADRE
ENCIA

Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solu-
ción que se nos remita con destino
a nuestro CONCURSO DE PASA-
TIEMPOS del mes de septiembre.



11.—Abundan más de lo justo

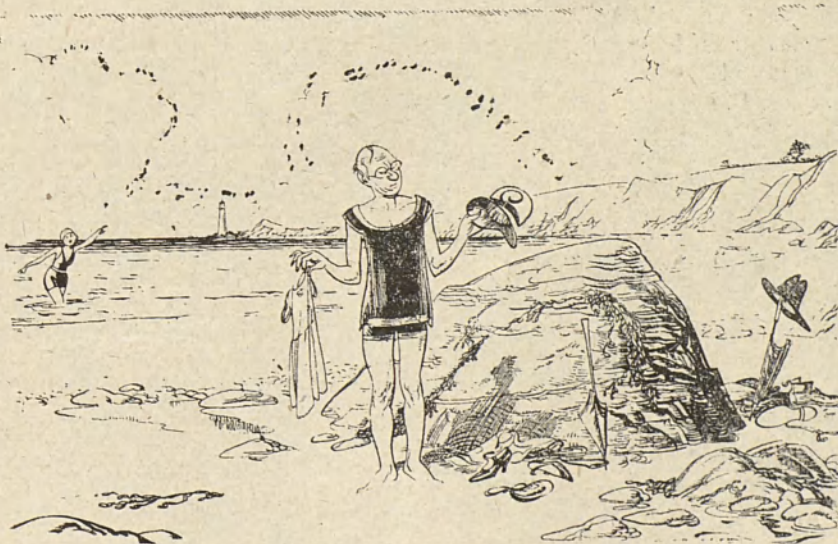
500 500 500 500
PRENDA
NOTA NOTA

12.—Refrán

GUONZA
N O
Liebres

13.—Por eso está engreído

S
50 50 50
+
500 500
COMPLETO



(De The Passing Sow.)

El profesor, distraído.—Realmente, debo poner más cuidado en mis cosas, porque, sin duda alguna, hoy me he vestido con el traje de mi mujer...

Perfumeria "Belleza"



PARIS y BERLIN
gran premio y meda-
llas de oro

Exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA (Registrado)

DEPILATORIO BELLEZA.—Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, nuca, etc., sin perjudicar al cutis por delicado que sea. Resulta- dos rápidos, prácticos y sin mo- lestia alguna. Único que ha obtenido Gran Premio.

SIRIO BELLEZA (contra las canas).—A los pocos días de usarlo desaparecen las canas, de- volviéndoles su primitivo color con extraordina- ria perfección. Usándolo una o dos veces por se- mana se evitan los *cabellos blancos*, pues sin *te- ñirlos* les da vida y color. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia, ni engrasa.

TINTURA WINTER, marca BELLEZA. Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inaltera- bles. Pídanla *negro, castaño oscuro, castaño na-*

tural y castaño claro. Es la mejor, más práctica y más económica.

CREMA ANGELICAL CUTIS (líquida) y **ALMENDROLINA BELLEZA** (pasta-espumilla).—Dan al cutis blancura natural y finura envidiables *sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica y con su uso desaparecen las im- perfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*, dando al cutis belleza y distin- ción (*blanca, rosada y Rachell*).

LOCION BELLEZA.—Con perfumes de fres- cas flores. *Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Es- pecialmente preparada y de gran poder reconoci- do para hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente in- ofensiva.

FIJADOR BELLEZA.—Mantiene fijo el peinado todo el día. Cabello con brillo y elegante.

AGUAS DE COLONIA, marca BELLEZA

ROSAS Y CLAVELES.—Reproduce el perfume intenso de los rosales de España, a la vez que la delicada fragancia del clavel blanco.

AROMAS DEL MONTE.—La más alta concentración, perfume incomparable, aristocrático, intenso y varonil.

FLOR SELECTA (extra-añeja).—Constituye un incomparable *bouquet*, fino y de gran fijeza y originalidad.

DE VENTA en las principales Perfumerías, Droguerías y farmacias del mundo
En MEJICO: Cuspinera Forrellad y Morera, 6.ª calle del Pino, 233.—En BUENOS AIRES: Rogelio Mars, González Díaz, 669.—En LISBOA: Luciano Lourenzo, Avenida da Liberdade, 18
Fabricantes: ARGENTE HERMANOS, San Isidro, 13, Badalona (España)

COMO SE ENGANA AL PROJIMO



En la práctica del arte de engañar, hoy tan en boga, pocos gremios tan teatrales e infalibles como el llamado de "ultramarinos".

Para ser un buen tendero de comestibles, se precisan de un modo indispensable los conocimientos más profundos del corazón femenino. O lo que es lo mismo, hay que competir, hasta la emulación, con el "moliéresco" personaje de "Don Juan".

El mancebo que consigue destacarse como "Terror de las doncellas" será, sin duda, filón inagotable para el tendero un poco avisado.

Véase la muestra:

La criada.—¡Muy buenas las tengas, Saturio!

El tendero (maniobrando).—Tú sí que las debes tener buenísimas.

La criada.—¡Estate quieto, vaya!... ¡Y dale!... Mira que llamo al "abuelo" y se lo canto todo.

El tendero.—A propósito de cantar. Hemos recibido para ac'arar la voz unos huevos de Castilla que son estupendos.

La criada.—¿Serán fresquísimos?

El hortera.—Acabaos de poner.

La criada.—¿A cómo?

El tendero.—Yo te los pongo...

La criada.—¿Tú? ¡Valiente gallina!

El tendero.—¿Qué caldo haría yo contigo!

La criada.—¡Quita, que me haces daño!

El tendero.—Te los pongo más baratos que nadie. A tres cincuenta la docena... Regalados, como aquel que dice.

La criada.—Ya será algo menos.

El tendero.—¡Imposible! No se gana más que cinco céntimos en cada docena. Conque tú verás.

La criada.—Caros me parecen.

El tendero.—Tienen que serlo. ¿No ves que son fabricación especial para la casa?

La criada.—¡Ah, ya! Pues dame media de los gordos. ¡Bruto! (Retirando la mano que pellizca.) ¡Que van más de seis!... ¡Y que son tremendos!

El tendero.—Como tú los querías.

La criada.—¡Anda, guasón! No quiero nada contigo. Despácheme usted, don Macario.

El dueño.—¿Qué quieres, hermosa?

La criada.—Cuarto de kilo de queso escamado. ¡Que te estés quieto, Saturio!

El dueño.—Dale bola.

La criada.—No. Lo quiero Gruyere.

El dueño.—¿Por qué dijiste entonces "escamado"?

La criada.—Cosas de mi señorito que lo llama así. ¡Como tiene tanto ojo!

El dueño.—Es muy gracioso tu se-

ñorito. Y tiene razón en lo del queso. ¿Pero sabes por qué es todo ojos cuando te lo llevas? Porque no se cansa de mirar esa carne tuya, que, por lo blanca, parece de coco.

La criada.—De coco será la de ustedes.

El dueño.—Nosotros lo que tenemos es una carne de membrillo, legítima de Puente Genil, para chuparse los dedos.

La criada.—¿A cómo?

El dueño.—A cinco reales el medio.

La criada.—Póngame otro cuarto.

El dueño.—¿Qué cuarto te iba a poner si tú quisieras!

La criada.—¡Quietos!

El dueño.—¿Nada más?

La criada.—Y cuarto de fideos.

El dueño.—¿Los quieres bien educados?

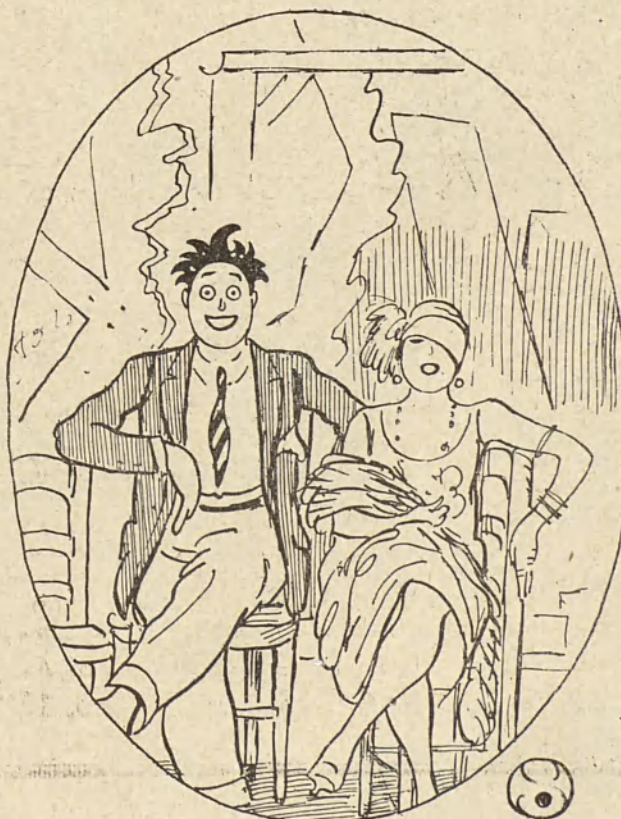
La criada.—Sí; que sean finos.

Y así entre piropos y pellizcos, la maritornes sale de la tienda satisfechísima, sin preocuparse para nada de los veinticinco cardenales que lleva demás en cada brazo, ni de los cincuenta gramos de menos en cada cuarto de kilo. Después de todo la señorita no se da cuenta, y al dar la cuenta ella se encargará de compensar la falta... sisando un par de reales en cada artículo.

¡Con razón se quejan luego de que las subsistencias van encareciéndose de un modo enorme!

Pero, ¡ay!, por lo visto esta carestía es inevitable. Tan inevitable como los requiebros y los pellizcos con que el hortera obsequia a la cliente en tanto su dedo pulgar hace con disimulo que baje antes de tiempo el platillo de la balanza.

¡Oh poder irresistible de la engañosa galantería ultramarina!



Dib. SILENO.—Turín.

A. SANCHEZ CARRERE

Ayuntamiento de Madrid

ALELUYAS PARA LA INFANCIA

Historia de un socio chato

No he visto un hombre tan chato
como Joaquín Monferrato.

En vez de nariz, tenía
una inmundicia porquería.

Su tocayo Sánchez Toca
sentía una envidia loca

de ver tal ridiculez
como adorno de su tez.

Más Joaquín era feliz
con su estúpida nariz.

Y en la vida se quejó
de lo chato que nació.

Actitud noble y paciente
que prueba palpablemente

que hay gente a quien no le importa
el tener la nariz corta.

Claro es que con su *chateo*
sufrió más de un choteo.

Pero nunca protestó
del que se pitorreó.

Es más: yo me pitorreé
y me convidó a café.

Y se pitorreó Aznar
y le convidó a cenar.

Y se pitorreó Andueza
y le pagó una cerveza.

Y se pitorreó Muros
y le prestó doce duros.

En resumen: que el ser chato
no le salía barato,

¡y que con narices largas
no se tienen tantas cargas!...

Un día de lluvia y barro,
pesó Joaquín un catarro

que era, además de bestial,
esencialmente nasal.

Fué un problema el catarrito
para el pobre Joaquinito,

y no halló medio mejor
que buscar un profesor

que le enseñase a sonarse
sin tener que equivocarse.

La lección fué conveniente
y aprendió perfectamente.

Y gracias a aquel maestro,
acabó siendo tan diestro

que, cuando se constipó,
igual que yo se sonó.

(Ahora bien: el infeliz
no se sonó la nariz.

Se sonó la campanilla,
que era cosa más sencilla).

No tuvo en amor fortuna
por su chatez importuna.

Pues, en amor, siempre pudo,
más que el chato, el narigudo.



Dib. TAULER.—Madrid.

—A los amigos se les conoce cuando se les pide dinero.

—Es verdad. Oye: haz el favor de darme cinco duros.

Luz Ruiz dijo a Monferrato:
¡no me caso con un gato!

Y le dijo Inés Palomo:
¡si no fuese usted tan romo!...

Y le contestó Paz Fuentes:
¡a mí los hombres, con lentes!

Y le replicó Fé Tapias:
¡a mí los novios, con napias!

En la calle se reían
todos los que le veían.

¡Y más! ¡Se carcajeaban
si en detalle le miraban!

Cuando iba a la Castellana
a las diez de la mañana,

se le reían las sillas
más que haciéndolas cosquillas.

Por la tarde, en Molinero,
se reía el camarero.

Si iba al Teatro Martín,
se reía el cornetín;

la Xirgu, si iba al Fontalba;
¡y si al Alkazar, la Alba!

Una noche que, doliente,
se fué a la Plaza de Oriente,

de risa cayó rodando
por el suelo Sisenando.

Un día fué a confesarse
y el cura empezó a troncharse,

y por decir yo te *absolvo*,
le dijo: ¡yo me hago polvo!

Pues bien: Joaquín Monferrato
que, como listo, era un rato,

para ganarse la vida
pensó ingresar en seguida

de contable en el comercio
de don Romualdo Lupercio.

Y con tales intenciones,
buscó recomendaciones;

y tantas buscó, que a caldo
puso al pobre don Romualdo.

Le recomendó Quiñones,
Carrascosa, Romanones,

Jareño, Risques, Atienza,
el alcalde de Sigüenza,

el barbero de Lerroux,
el cajero de Pidoux,

un traductor de D'Annunzio
y otros que a nombrar renuncio.

Y, ¡claro!, aunque don Lupercio
tuvo que hacer un mal tercio
a cierto empleado, a fin
la credencial dió a Joaquín.

Resumen: que Monferrato,
a pesar de ser tan chato,
hizo lo que nadie haría.
Con resultados felices,
logró meter las narices
en donde se proponía...

NÉSTOR O. LOPE



Dib. Bosch.—Barcelona.

—¿Cuánto me lleva usted por transportarme el baúl y el armario?
—Veinte pesetas.
—¡Hombre, es mucho! Lléveme menos.
—Bueno; le llevaré sólo el baúl.

ESCENAS DE LA VIDA

¡SI YO FUERA RICO!...

Para Xavier Dusmet

Repleta de miles
la oculta cartera
y asido al volante
de un *auto* alemán,
salió de la corte
mi amigo Reguera
con rumbo a la playa
de San Sebastián.

Buscaba en su viaje
las brisas salobres
que allí se respiran
y dan la salud,
y aquí nos quedamos
sudando, los pobres,
ajenos y libres
de toda inquietud.

Como es pboico grato
y a mí me fastidia
si veo a un amigo
huir del calor,
¡con qué sentimiento
muy justo de envidia
le ví la otra tarde
dar marcha al motor!

—¡Si yo fuera rico,
(decíame a solas)
también viajaría

con lujo como él,
y al plácido arrullo
del mar y sus olas
daría al olvido
mi suerte cruel.

¡Si yo fuera rico,
también gozaría
del vértigo loco
febril, de esta edad,
cruzando los campos
de noche y de día
y haciendo prodigios
de velocidad!

¿Que sale a mi paso
cruzado un borrico?
Pues yo lo atropello
y sigo a mis cien,
que este es el progreso
y yo no me explico
que un burro detenga
la marcha de un tren.

En estas locuras
pensaba en la fama
la suerte envidiando
de aquel triunfador,
cuando de repente
llegó un telegrama
que al ver la noticia
llenóme de horror.

"Catástrofe enorme
bajada del puerto
dos vueltas campana
no pueden seguir.
Reguera muy grave
su chófer ha muerto.
Inútil el viaje,
procure venir."

Ante estas noticias,
como es consiguiente,
corrí en su socorro
con gran rapidez,
mas yo, que soy pobre,
como hombre prudente...
¡me fui en el correo
que sale a las diez!

BRILLANTINA **EMILMAT**
LO MEJOR CONTRA LAS CANAS

FIACRO YRAYZOS



Dib. FIRULÍ DE LA HABANA.

- Yo ronco tan fuerte que antes no podía dormir porque me despertaban mis propios ronquidos.
—¿Y cómo se arregla para descansar?
—Muy sencillo; ahora duermo en la habitación de al lado.

Ayuntamiento de Madrid

Yo estuve, una vez, malísimo

Yo, aquí donde me ven, estuve, por imprudencia temeraria, a dos dedos de la tumba. Y es que me cogió de pequeño el vicio del trabajo y a poco si me muero.

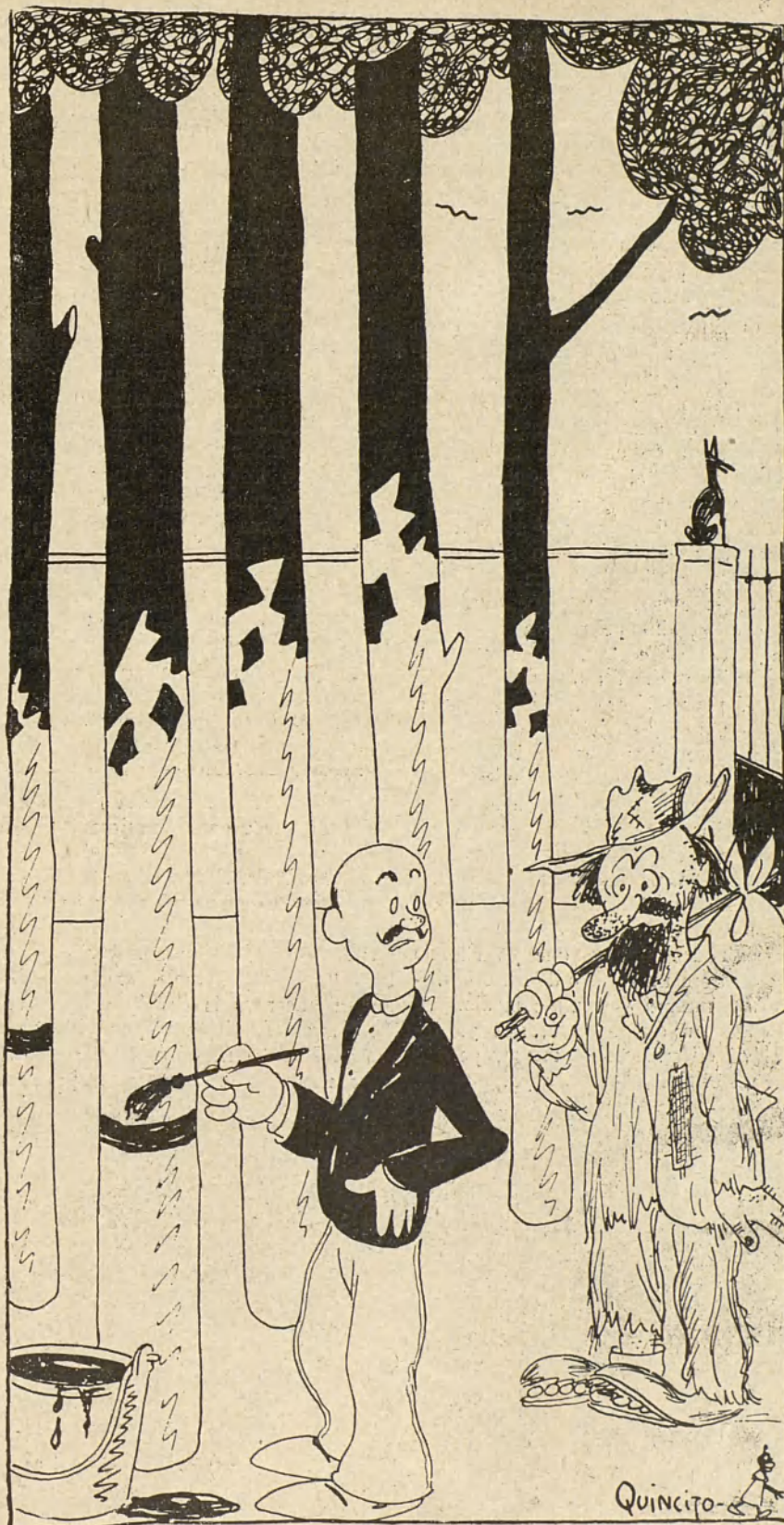
Primero en el colegio; después en eso que llaman "ganarse la vida" tuve que trabajar de un modo persistente; y adquirí el hábito nocivo, el hábito destructor y pernicioso del trabajo. El hábito hace al monje; pero a mí, que tengo poco de monje, estaba el hábito aquel deshaciéndome por completo.

Hasta que vino el *crac*. Todos los excesos se pagan. El trabajo me produjo, por lo visto, una depresión tan tremenda que caí en postración y durante seis o siete años me acometió, en lo que respecta al trabajo, una parálisis general, tan absoluta, que no podía ser llamada progresiva porque ya progresar más le era imposible.

¡Qué melancolía ante la idea del trabajo!... ¡Qué anemia, qué flaqueza, qué desgana!... Había consultado a varios médicos y todos me habían dicho: "Pehs... Conocemos la dolencia... Eso que usted tiene pasa mucho... Pasa mucho, pero no pasa pronto... Hay que esperar... Esperar a ver qué pasa."

Yo, sin embargo, me consumía en aquella inacción... Era tan aburrido que se quedaba uno sin ánimos para romperlo de algún modo haciendo algo. Era necesario reaccionar y quitarse aquello de algún modo.

Escogí un régimen enérgico de acuerdo con el caso. Monotonía, método, reacción... Mucho reposo; ante todo el reposo... Por supuesto... Me pasaba en la cama de doce a catorce horas; me servían en la cama el desayuno y hasta me daban en un pistero la media tostada... Seguía durmiendo hasta las dos; comía en la cama, y después de comer salía un poquitito, en taxi, por supuesto. Lo imprescindible para poder ir al café... Tomaba allí a sorbitos, nada de precipitarse, primero el café, después un poco de agua con un terrón de azúcar, luego una copita de coñac... Una el primer día, luego dos, luego tres, al cuarto día cuatro, y así... Era un método según el cual se iba en progresión aumentando una copa cada día hasta que al ceder la enfermedad se iba descendiendo con



El mendigo.—Perdone, ¿qué está usted haciendo?

—Pintando a los árboles una circunferencia de alquitrán para que no suban las hormigas.

—¡Ah! Entonces, ¿quiere hacerme el favor de pintarme una circunferencia con alquitrán en cada pierna? Dib. QUINCITO. 9.15.—Moro (Tetuán).
Ayuntamiento de Madrid

la misma paulatina gradación, pero a la inversa.

Para que el régimen cumpliera sus efectos era necesario tomar aquellos sorbitos en estado de beatífica indiferencia. Mi médico había dicho que el reposar después de las comidas era saludable a condición de no dormir... El sueño era nocivo. El pensamiento, también. Por eso yo procuraba no estar solo. Cuando uno se queda solo comienza la cabeza a funcionar, la imaginación a dar vueltas y acaba el cerebro por marearse inútilmente. En el café, con la tertulia, se evitaban aquellos peligros... Se hablaba de cualquier cosa, daba igual, y así el cerebro descansaba mientras tanto sin caer en los dos peligros extremos que acechan al hombre reciéncomido—o sease, por supuesto, al hombre que acaba de comer—: el sueño y el pensamiento. Son estos, dos peligros a cual más perjudiciales: cortan, uno y otro, la digestión, según dicen los doctores.

Yo, para evitarlos, iba al café a todas horas... Pasó tiempo; fui sintiéndome mejor; yo que había probado tantos métodos desde el indio de mirarse al ombligo hasta el de tomar baños de sol, no había encontrado nunca con ellos una mejoría tan franca... Me sentía adormilado pero con lucidez al mismo tiempo. Al menos así me lo decían los compañeros de café. Todos decían que yo cuando opinaba era un modelo de acierto, discreción, mesura y término medio.

Opinaban que así era, que yo tenía un criterio excelentísimo, porque era mi criterio igual al suyo.

Este fué el síntoma primero de mi curación.

En eso pude ver los progresos enormes del régimen. Antes, por efecto de la excitación hiperestésica y cardíaca, que produce el trabajo excesivo en el hipocóndrio y las arterias, chocaba yo con todo el mundo y tenía opiniones discrepantes de la mayoría.

¡Qué molestia! No podía acudir a los estrenos, ni leer al novelista de moda, ni tragarme los artículos de fondo: los artículos me parecían más dictados por la fonda que por el fondo; no hallaba en los novelistas ni moda ni modos; no encontraba el estreno en los estrenos por ninguna parte. Se cruzaban en mi camino muchos hombres a quienes llamaban los demás "mis semejantes" y yo no veía por ninguna parte semejante cosa.

Pero gracias al régimen severo a que vengo refiriéndome, noté un cambio radical... la semejanza iba apareciendo...

¿Qué opina usted del nuevo edificio de la Telefónica? ¿Qué opina usted del fútbol? ¿Qué opina usted del boxeo en comparación con los toros? ¿Y del pelo corto y de la falda como el pelo que usan las mujeres? ¿Y de la crisis del teatro?... ¿Y de...? ¿Y de...? ¿Y de...?

Variaban las cuestiones y en todas coincidía con los otros... Surgía de vez en cuando alguna discusión, pero no tenía importancia, era más bien para hacernos la ilusión de que entraba en ebullición el pensamiento.

El hombre necesita, en efecto, hacer uso de sus facultades; pero no

para que se le desarrollen, al contrario; eso es imprudente. Necesita hacer uso de ellas para que con el uso vayan desgastándose y decrezcan. Ya lo dijo el poeta, según ustedes saben: "Si quieres ser feliz como me dices no analices, muchacho, no analices."

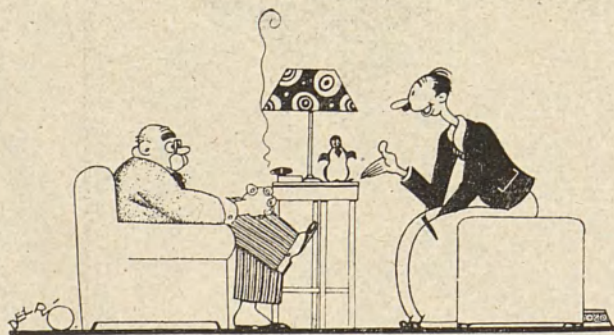
Y lo mismo que lo dijo del análisis, facultad entremetida, pudo decirlo de cualquier otra facultad y en general del pensar, "funestísima manía" según ustedes saben: "Si quieres ser feliz, aunque te aburras, no discurras, muchacho, no discurras".

Pero eso se dice pronto. El hombre tiene, obstinado, la propensión a discurrir; y hay que irle cogiendo las vueltas a fin de contrarrestar con maña y con cautela, esa pertinacia destructora. Si se le hace discurrir mucho y de veras, toma vientos, se apodera del individuo la manía; si se le condena a la inacción absoluta la manía crece también, por exceso de privación. Hay que engañarle, con rodeos, con paciencia, y echándole un poquito de comer para que crea que come, pero no tanto que, en efecto, llegue a nutrirse de veras. Las discusiones del café servían para esto. Los médicos, no obstante, no se contentaron con someterme al régimen de las discusiones cafeteras: para completar el régimen me recomendaron el tute, el dominó, el ajedrez y el tresillo. De este modo se sistematizaba la costumbre saludable de pensar de cuando en cuando, *ma non troppo*.

Así, gracias a tantas precauciones, a tanto rigor y método, conseguí normalizar mis pensamientos y recobrar la salud mental, mi poquita salud mental, poquito a poco.

Ahora que estoy bien comprendo lo mal que estuve. Cuando trabajaba mucho llegaba a figurarme que el estudio servía para progresar y mejorarme... Error tremendo... Servía para ponerme en situación de no entenderme con nadie... Lo que yo creía instrucción era incontinencia, peligrosa irritación de las mucosas cerebrales.

Por eso lo advierto aquí, para aviso de estudiosos. Mírense en mi espejo... ¡Fué atroz!... Por poco me veo en la tumba. Si no me tumbó, la tumba



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

—Le voy a hacer ganar un millón.

—¿Cómo?

—Usted dará a su hija dos millones de dote cuando se case. Pues bien; concédame su mano y yo me conformo con un millón.

MANUEL ABRIL



Dib. GARRIDO.—Madrid.

El librero.—En rústica, dos pesetas, y en pasta española, dos cincuenta.

El señor Indalecio.—¿En pasta española?... Pues claro, hombre; no le voy a pagar a usted diez rales en libras esterlinas...

LA CORTEDAD

El ser corto de genio es una desgracia de una magnitud para los individuos, que es preferible el más horrible de los defectos físicos al apocamiento.

Porque chato, hasta tener un hoyo en el lugar de las narices, o bizco que no le encuentre la mirada ni un detective inglés, o con una cabeza de un tamaño que le resulten insuficientes los colchones para posar muellemente el tostón, se puede triunfar en la vida y hasta llevarse alguna mujer de calle, sino por narices, defecto pintado en primer término, por repajoleira gracia, o contando con la ceguera del amor, que, nacido en la mujer, le prive de reparar en nariz más o menos desarrollada, ojos poco o muy torcidos o cabeza grande o chica.

Pero ya puede usted nacer con unas narices como las de Pangalos, que por supuesto tienen que ser griegas, o unos ojos claros y serenos como los cantados por el poeta, en fin, con una serie de perfecciones físicas, que Adonis al lado de usted sea una birria, como sea usted apocado, todo ese conjunto de condiciones no le sirven para nada absolutamente.

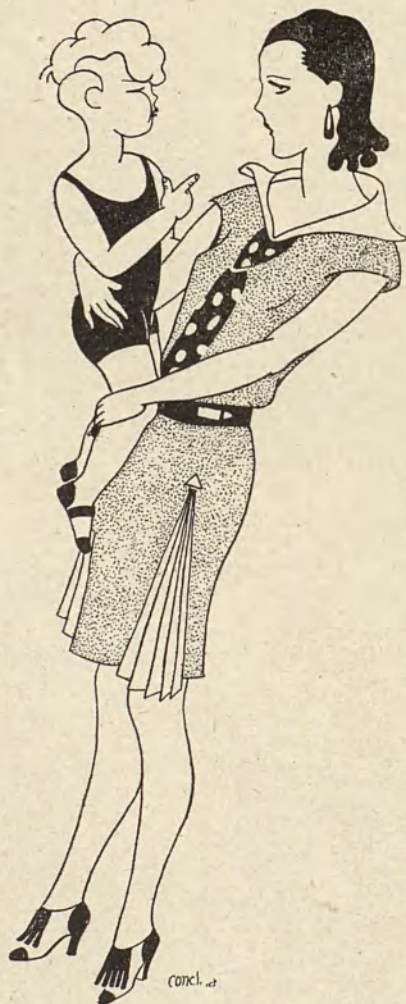
Pues este era el caso de un amigo mío, que le llamaban "El corto de Guadalajara" por su cortedad y porque era paisano de los bizcochos alcoholizados, y que se casó con la hija mayor de un matrimonio, por no atreverse a llevar la contraria al padre, a pesar de que a él la que le gustaba era la segunda, y que cuando iba al dentista se dejaba extraer las muelas sanas por no decirle al odontólogo cuáles eran las enfermas, y así sucesivamente en su vida, que fué un verdadero calvario, pues hasta siendo un buen estudiante, en los exámenes no hizo mas que beber agua con azucarillo y darle vueltas al sombrero en la mano.

Pero, en fin, últimamente consiguió un destino en la Diputación, y en su desempeño se las prometía muy felices. Desgraciadamente, como veréis, en esto también tuvo un tropiezo que le produjo un gran disgusto, y siempre por su maldecida cortedad.

Nos trasladamos a una casa de familia en cuya casa una joven esposa

se ha puesto repentinamente enferma y le aquejan tremendos dolores. Han requerido al médico de la Casa de Socorro, y aguardan impacientes su llegada. El marido va y viene al balcón; una señora de edad atiende a la paciente, que se revuelca en el lecho; un niño pequeño llora tirado a los pies de la cama.

De pronto el timbre de la puerta suena, el esposo se dirige, rápido, a abrir. En el dintel aparece un indivi-



Dib. CONCHITA VALDEMORO.

—Mamá: me parece que no sabes educar niños. Me mandas acostar cuando no tengo sueño y me levantas cuando estoy dormido.

duo bien trajeado, de treinta a cuarenta años, que no es otro que nuestro apocado amigo.

—¡Pase, pase!—le dice apremiante el dueño de la casa, llevándole casi en volandas hasta la alcoba de la doiente.

—¡Es en el vientre!—le refiere anhelosa la señora anciana, descubriendo las ropas de la cama.

—¡Alrededor del ombligo es el dolor!—advierte llorosa la enferma.

Nuestro pobre amigo, ganado por la sorpresa y sin siquiera poder articular un monosílabo para explicarse, suda tinta.

El marido, cada vez más apremiante, insiste:

—¿Pero no receta usted?

—¡Mire como tengo el vientre de duro!

—¡Señores, es que yo...!—pudo articular el corto.

—¡Pero es que me va usted a dejar morir sin asistencia?

—¡Yo, señora, es que...!

—¿O es que no encuentra usted que sea nada de particular?

—¡No es eso, es que...

—¡Ay, Aldegundo, qué retortijón más terrible!

—¡Esto es una vergüenza para la Beneficencia Municipal!

—¡Pero si es que yo no...!

—¿Yo no qué? ¡Acabe, que yo no me puedo quedar viudo tan joven!

—¡Es que a lo que yo venía era a preguntar si querían ustedes las cédulas personales!

De lo que se armó en aquel momento sólo pueden darse cuenta los que hayan asistido a la batalla del Marne. El esposo cogió a nuestro amigo en vilo, y si no le sujeta aterrada su madre política, lo deposita en la acera por vía aérea.

Por buenas componendas y porque intervinieron en favor de nuestro amigo personas de la vecindad, les tuvo que dar las cédulas gratis a toda la familia, una para la criada y otra para el niño, que se le antojó.

ANTONIO PLAÑOL

LA MANIA DE LAS "JUANAS"

Juan, muchacho extravagante, se prendó de Juana Ibarra, que se murió al poco tiempo de que Juan la cortejara, y, por el recuerdo grato que le quedó de la dama, mezcla las "juanas" en todo, venga o no a cuento el nombrarlas.

Al dar las doce el reloj de Anido, dice que baja la juana del ministerio. Dice también que Rosaura, la manicura, le arregla cada ocho días las juanas; que dió seis juanas y media

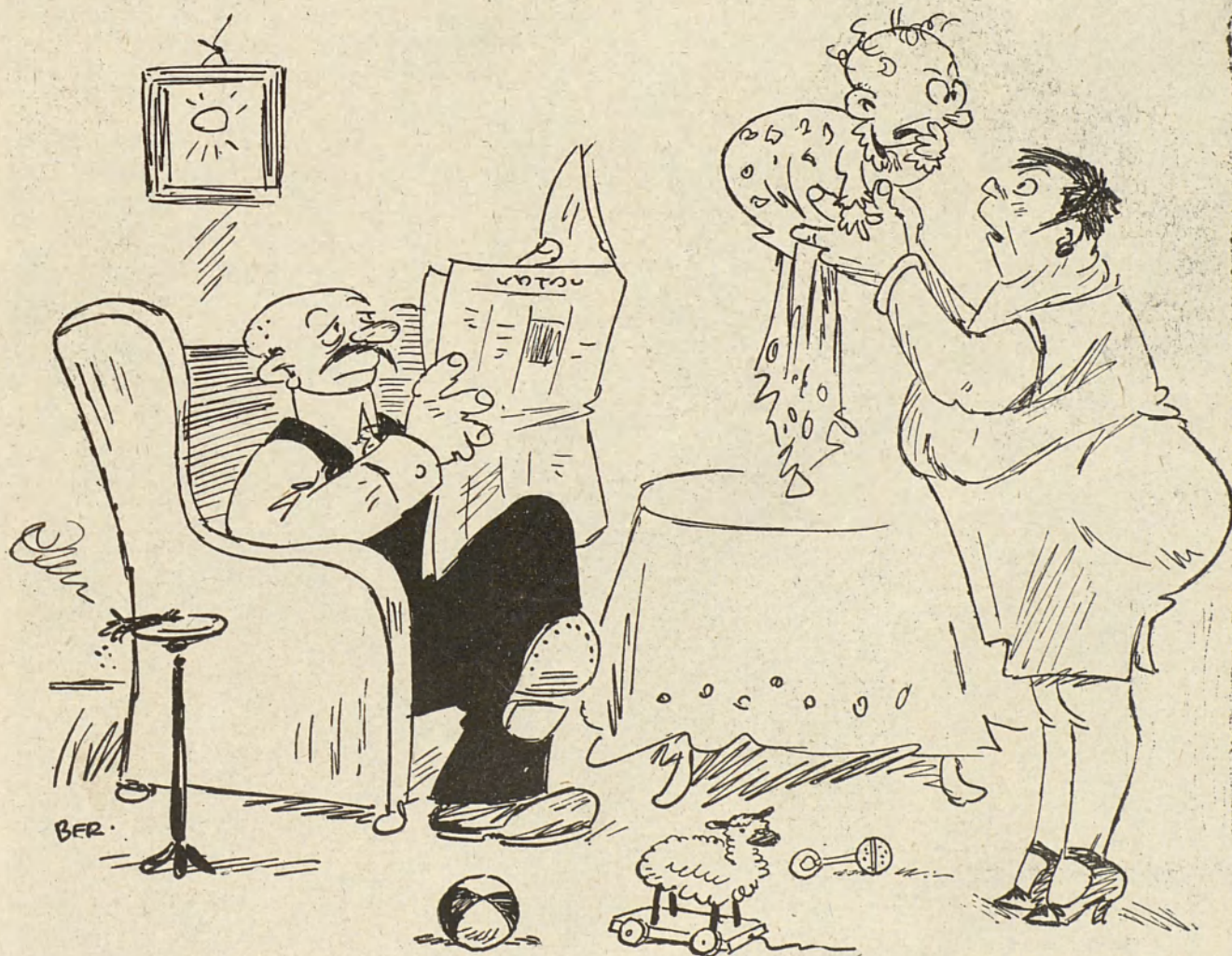
por una piña cubana, y que los más de los días, en el corral de su casa, de nueve juanas que tiene diez huevos o doce saca.

Refiere que, cierta noche, vio ejecutar en Eslava "La dama-juana de las camelias"; que a la mañana siguiente oyó en San Francisco la juana-mayor, cantada por veinte juanas en coro, y, en fin, que luego, en "La Granja del Cénar", se echó al colete (después de tomar con ansia

dos medias-juanas), dos copas o doce de buen champaña. ¡Menuda juana pescó de resutas!... Por la gracia, con dos juanas de retraso llegó al rápido de Alcázar y hubo en Madrid de quedarse seis días guardando cama, no con dolor de juanetes, sino con dolor de juanas.

Diréis que lo referido no tiene pizca de gracia; ¡pero, hay, lector, tantas cosas que no la tienen... y pasan...!

JUAN PEREZ ZUÑIGA.



Dib. BERGSTRON.—Paris.

—¡Ay! Enrique, creo que el niño se ha tragado la campanilla del borreguito.
—Pues, hija, agítale a ver si suena.



—Si no me lo impidiera el régimen, me casaría con usted.
 —¿Y qué tiene que ver el régimen con nuestro casamiento?
 —¡Oh! Mucho, porque yo estoy a cargo del Ayuntamiento de Madrid y una niña "jamón".

Dib. CUESTA.—París.



EN LA ANTIGUA GRECIA

Dib. SAMA.—San Rafael.

(De verbena).

El señor de la manuela.—Pregúntele al caballo qué prefiere, si un vaso de vino o una ración de paja.
El caballo.—¡Las dos cosas, las dos cosas!

Ayuntamiento de Madrid

EL DECAPITADO

I

La falta de memoria me había convertido en el hombre más desgraciado del universo. Rota la cadena que une el presente con el pasado y con el porvenir, mi vida, mi pobre vida trágica y absurda, podía resumirse gráficamente con el signo de interrogación, elevado de continuo ante cualquier persona u objeto. ¿Qué hice ayer? ¿Qué tengo que hacer hoy? ¿Qué he de hacer mañana? ¿En dónde he visto yo ese rostro? ¿De qué lugar

es esta fotografía? ¿Cómo se llama aquella persona?...

Yo era el individuo que pierde todo, que no asiste a las citas y que confunde los nombres; el individuo que no tiene historia porque la ha olvidado; que no puede leer un libro porque al doblar la página cuarta ha perdido, con el recuerdo de las tres anteriores, la hilación general; que no puede sostener una conversación sin zozobrar inmediatamente en los mares que en su cerebro ha puesto la falta



Dib. BOROBIO.—Madrid

Ella.—¿Qué lees?

El.—Nada: cuatro tonterías.

—Sería mejor que charlásemos un rato.

—Le advierto que las tonterías impresas no me hacen tan mal efecto.

de memoria, y que así, aislado de los demás seres y de los objetos que le rodean, arrastra una triste existencia de sonámbulo perenne.

—Has confundido tu sombrero con el de papá, te has dejado las gafas sobre la mesa del despacho, has cogido el paraguas en lugar del bastón y has olvidado hacerte el lazo de la corbata. ¡Qué calamidad, Dios mío, qué calamidad! El mejor día vas a perder la cabeza—se lamentaba mi hermana.

Desgraciadamente, la profecía fraterna, mitad irónica, mitad conmisericordia, se realizó. ¡Perdí la cabeza! Bien es verdad que era lo único que me quedaba por perder.

¿Que cómo?

No sé.

Advertí la pérdida una mañana, cuando, dispuesto a salir de casa, fui a ponerme el sombrero. Quedó éste sobre los hombros, inestable, sin nada dentro, y mi cuerpo convertido en un mariposa de esos que sin cabeza lucen la hechura de un traje tras de los escaparates de las sastrerías.

—¡Ya está! —me dije—. ¡Ya he perdido la cabeza!

Y una vez hecha esta confirmación, sin preocuparme más del accidente, me lancé a la calle.

II

Caían sobre mí las miradas de los transeúntes y oía el oleaje de sus murmullos admirativos. Varios chicos me siguieron, e inmediatamente unos ociosos se unieron a ellos, formando entre todos tal grupo, que se hizo difícil la circulación por la calle en que caminábamos.

Confieso que me enorgullecía el asombro del público, y que, por lo tanto, me contrarió la presencia de aquel hombre mal encarado que bruscamente dijo:

—Tiene usted que venir conmigo.

—¿Adónde?

—A la Comisaría.

Se unió a mí, sujetándome el brazo derecho, y caminamos en silencio.

Finalizó el viaje ante una desvencijada mesa, tras de la cual estaba sentado otro individuo de aspecto poco tranquilizador.

—Diga usted, Hernández.

Mi acompañante, tras de atusarse

el bigote y toser repetidas veces, repuso:

—Nada, señor comisario. Este caballero, que dificulta la circulación porque se le ha caído ir sin cabeza por la calle.

—¿Y qué, gracioso!—gruñó irónicamente el otro. Y luego, dirigiéndose a mí: —Tenga la bondad de no hacer el idiota. ¡Saque la cabeza de donde la tenga!

—La he perdido—dije.

—¿Que la ha perdido? ¿Y en dónde?

—No lo sé.

—¡Hernández, regístrele!

Yo mismo, para facilitar la operación, desabotoné mi chaqueta.

—No la tiene, señor comisario.

El individuo de aspecto poco tranquilizador de ó caer el puño sobre la mesa, que se vino abajo definitivamente.

—¿Pero es que ustedes se han imaginado que puede jugar conmigo? ¡Se acabaron las bromas! ¡Póngase ahora mismo la cabeza o...!

—No puedo, señor, soy un acéfalo.

—¿Un qué?

—Un acéfalo.

—¡Pues aunque sea usted eso! ¡No faltaba más! Usted lo que pretende es llamar la atención, interrumpir el tránsito, perturbar el orden público... ¿Cree que no conocemos el truco?

—Es que no hay truco—protesté.

—¡Si lo hay!—dijo. Y dió una patada a los restos de la mesa, caídos en el suelo.

Este esfuerzo debió tranquilizarme algo, porque, ya más sereno, continuó:

—Si usted, en lugar de decirme que ha perdido la cabeza, me dijese que había sido víctima de un crimen, yo tendría que aceptar la explicación. Hay, indudablemente, muchos asesinos que gozan decapitando a sus víctimas. Daría, pues, las oportunas órdenes para que se descubriese al criminal y fuese encarcelado; y asunto concluido. Pero el caso de usted es intolerable. No sé de nadie que haya perdido la cabeza.

—Yo, señor comisario.

—Al menos, dígame en dónde.

—No lo recuerdo. Debí dejarme a en algún sitio... Soy un hombre sin memoria.

—¡Sin memoria! ¡Sin dignidad, querrá usted decir! ¿O es que usted cree que una persona digna puede caminar por la calle de esa forma?

—Espero recobrarla. Alguien se la habrá encontrado y estoy seguro de que la devolverá, porque no ha de

serle útil para nada. No me lo fué a mí nunca, a pesar de ser su dueño...

—¡Ah! Eso es otra cosa, eso ya es ponerse en razón. Pero le advierto a usted que no saldrá de aquí hasta que esté completo. ¡Hernández, lléveselo!

Hernández hizo una reverencia y me condujo hasta una pequeña celda, cuya puerta cerró al marcharse.

Cuando llegó el día siguiente penetré en el cuarto para decirme:

—El señor comisario quiere hablar con usted. Creo que se ha encontrado ya su cabeza.

En efecto, sobre la mesa del comisario—arreglada provisionamente con unas cuerdas y unas tablillas—, estaba mi cabeza. La reconocí en seguida y ella debió reconocerme a mí, porque me guiñó uno de sus ojos.

—La suya, ¿verdad? La ha encon-

trado su hermana, sobre no sé qué mueble. Puede usted ponérsela.

La cogí con ambas manos. La llevé a mis hombros. Oprimí... Una molesta sensación de vértigo, rapidísima. Después, nada. El comisario me tendió la mano. Yo la estreché entre las mías.

—Perdone que haya dudado de usted, caballero.

Yo repuse con unas palabras de despedida y salí a la calle.

¡Qué suerte! La alegría, como un mecanismo de muñeco, me impulsaba a caminar también como a un muñeco, y anduve, anduve no sé por dónde ni cuánto tiempo, deprisa, sonriente, llena el alma de un sano optimismo por haber conjurado el peligro que se cernía sobre mi cuerpo sin cabeza.

JOSE SANTUGINI.



Dib. ELÍAS—Gijón.

—¡Chica, era el espectro del hombre! ¡Se sentía un vacío en el estómago al verle!

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Me fui a comer enseguida.

RAMONISMO

El barquillero que se ahogó

Los barquilleros son navegantes que, en vez de ir dentro de los barcos, llevan los barcos auestas, siendo una especie de submarinos de la superficie de la tierra.

En vez de ir solos y cada uno a un kilómetro de los otros, se reúnen todos, como los barcos pesqueros, y marchan formando escuadra por calles y jardines.

Los niños que han de ser empedernidos jugadores adoran la ruleta de los barquilleros y aman su estrella de colores y vientos.

También los niños que comen más barquillos son los que se comen más las uñas.

A las amas ansiosas las enamoran los barquillos y se los comen como los prestidigitadores las cintas y los pañuelos que hacen como que se traigan.

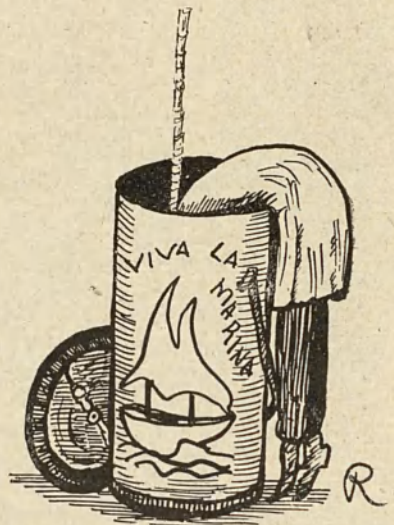
Hay también unos señores flacos, que se sientan en los bancos de los niños y, en cuanto ven barquilleros, arremeten con ellos y se quedan con la mayor parte, aprovechando la cortesía del ofrecimiento y el que en coger barquillos todo depende de por dónde quiera cortar la parte contraria.

La mayor parte de los barquillos se construyen—ya sé que es un exceso emplear una palabra tan importante para una construcción tan pequeña—en unas casillas de pueblo que

hay en las carreteras que van a Aragón, a la Coruña, a Francia. De allí sale muy de mañana la rapazada barquillera y se adentra entre las multitudes vendiendo sus quebradizos dediles.

Todo ha sido calculado en la rueda mágica, y hay clavos que dejan pasar y clavos de 1 ó 2 que detienen la ballena raudal.

Donde quiera que se fije el bombo



mágica para inmovilizar la ballena en la cifra espantable.

El pobre barquillero estaba atónito y tenía cara de lechero al que se le ha roto el cántaro, y no sabrá qué responder a los ordeñadores lejanos.

Con resignación quitó la tapadera del bombo, la máquina del artificio, el reloj de su mala suerte, y metiendo medio cuerpo dentro del pozo del bombo, comenzó a fomar el mástil de los barquillos, añadiéndoselos por la contera y siendo así como largo periscopio que saliese de su inmensión.

Con dos largas cañas de pescar, logradas gracias a los barquillos superpuestos, se fué el niño ganancioso, para volver por más, y llenando el santo suelo de barquillos caídos, de los que también es ávida la tierra.

El pobre barquillero, cada vez más hundido en las profundidades del bombo, como buzo entre los barquillos, seguía recalando barquillos y formando un nuevo mástil en el fondo de la barquillera, cuando se le vió caer, hundirse en barquillos como marinerito desarticulado, como polichinela a la que ha abandonado la mano que lo movía, como pelele al fin ahogado en el pozo nirvanático.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA
(Ilustraciones del escritor.)

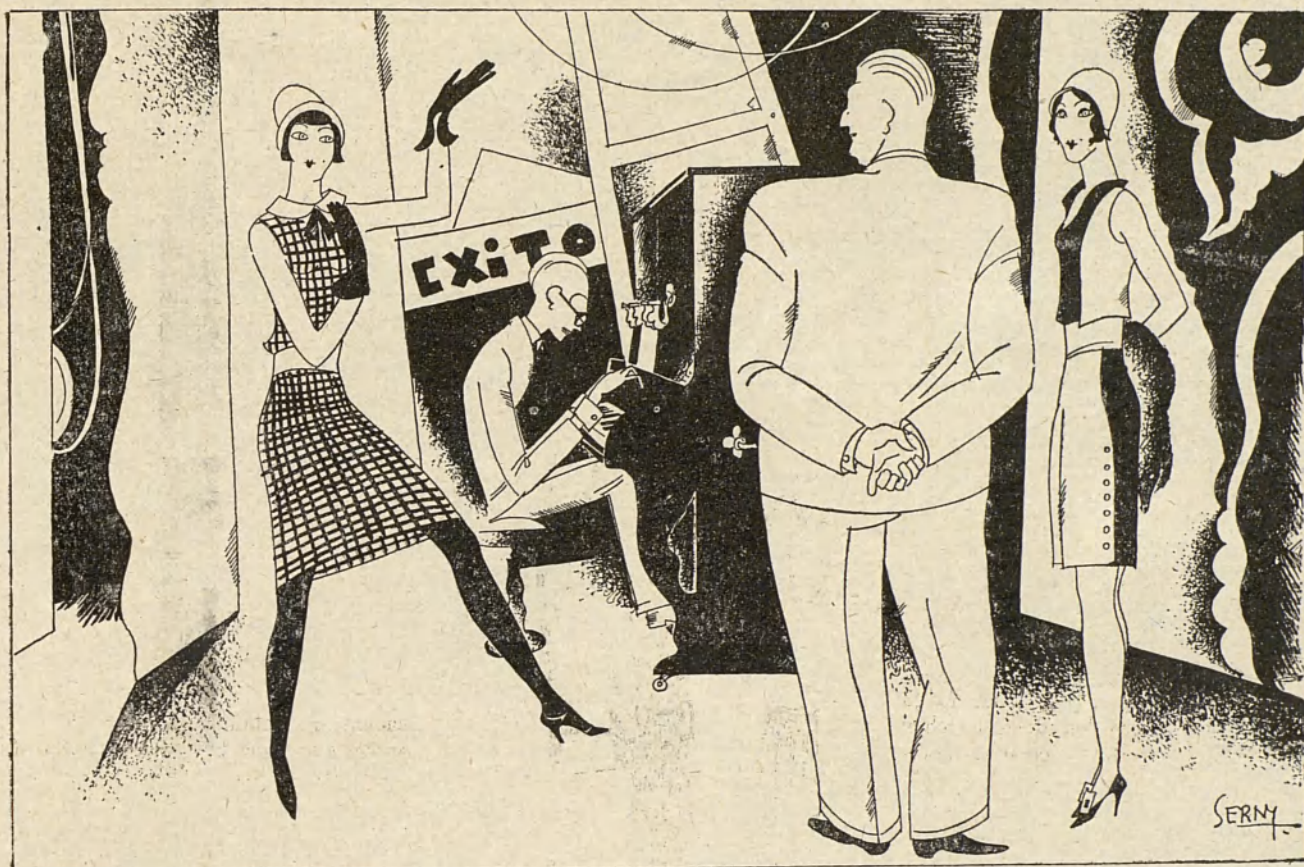


habrá fiesta de *carrousel* y el aire de las ferias parecerá haber traído al lugar piratería graciosa, combinación de ruedas de colores.

La rapazada barquillera vive inquieta como banqueros en peligro, y sonríe a las jugadas que suman poco y abre el bombo con compunción cuando han de dar torres interminables de barquillos, verdaderos cohetes de canela en pasta.

Yo he visto ahogarse en la barquillera a un barquillero desesperado, martirizado de veintes, arruinado de máximos, maltratado de cientos.

El niño de la suerte tenía una mano



LA ASPIRANTE A "VEDETTE".

Dib. SERNY.—Madrid.

El empresario.—*Bueno; ¿pero no sabe usted hacer nada más? Eso es muy poco.*
Ella.—*¡¡Oh, sí, ya lo creo!! ¡¡También sé hacer bolillos!!*

PRODIGIOS DEL CIRCO

EL LORO MAS SORPRENDENTE DEL MUNDO

En mis numerosos, frecuentes y accidentados viajes por el Extranjero, he conocido números de circo sorprendentes y raros, pero ninguno como el que me ha decidido a escribir el presente artículo.

Cuando yo vi el susodicho número en uno de los tres circos de Copenhague, creí ser juguete de un sueño oriental. Tan absurdo me pareció aquello que dudé de estar despierto, dudé de hallarme en el mundo, dudé de la existencia real de todos los objetos que me rodeaban, y hasta dudé entre no pagar al casero o dejar de pagarle o decirle que no le podía pagar o manifestarle que no me daba la gana de verificar el pago. Como ustedes ven,

mis dudas eran literalmente espantosas.

Sin embargo, repito que había motivo. El número circense de Copenhague era una de esas cosas que arrugan la faz, bambolean el corazón, agrandan las pupilas, erizan los cabellos y perjudican los canzoncillos. Era una cosa de miedo, en una palabra.

Parecía mentira que el ser humano (que muchas veces, por la necesidad, se convierte, de ser humano, en ser un sinvergüenza), parecía mentira, repito, que el ser humano hubiese podido llegar a un grado tal de perfección, de originalidad y de modernismo. El número que yo estaba viendo en uno de los tres circos de Copenhague, era la

más clara prueba de que para el hombre no hay en el mundo nada imposible, exceptuando el encontrar unos zapatos de charol por doce pesetas cincuenta, o simplemente el encontrar las doce cincuenta antes de buscar los zapatos.

¡Y cuidado que yo había visto números de circo, capaces de asombrar al ciudadano más excéptico y frío; y no uno, ni dos, ni tres, ni cuatro, ni cinco, ni seis, ni siete, ni ocho, ni nueve, sino muchísimos más, y no quiero citar más números porque no digan ustedes que esto ya es demasiado amolar en un día festivo!

Yo había visto en el *Circo de Invierno*, de París, al hombre que tocaba la

quinta sinfonía de Beethoven en un bombo, y sin otro acompañamiento que una pareja de guardias que, al final, le llevó a la cárcel para que otra vez tomase el pelo a su padre en público, en lugar de tomárselo al público en privado.

Yo había visto en el *Royal Albert Hall*, de Londres, al fakir que se comía una guía de ferrocarriles, haciendo una ensalada con las hojas, aunque advirtiéndome antes que la verdadera ensalada la hacían las compañías ferroviarias con los itinerarios. Este hombre era tan bruto comiéndose guías, que llevaba el bigote a lo *Charlot* porque un día se comió las suyas; y cuando el público le llamó cochino, no pudo contestar porque tenía pelos en la lengua, y ya sabemos que para descarsarse con la gente hay que no tenerlos.

Yo había visto en el *Bestiengarten Folies*, de Berlín, al equilibrista más famoso del Universo, cuyo emocionante ejercicio consistía en beberse doce botellas de champán y guardar luego el equilibrio sobre los doce corchos (¡icórcholis!!) puestos los unos encima de los otros, y los otros debajo de los unos. Advirtiéndome que por este ejercicio había ganado veintiséis copas... ¿Hay alguno de ustedes que con doce botellas y veintiséis copas pueda sostenerse ni siquiera decentemente en el sagrado suelo? Yo, de mí, puedo decir que no me sostendría más que bebiéndome los doce corchos, y aun así, lo dudo algo.

Prosigamos.

Yo había visto en el *Circo d'os Solteiros*, de Lisboa, al atleta que levantaba a quince portugueses gordos con una mano, y que se jactaba de levantar de la cama a un empleado del ayuntamiento a la hora de ir a la oficina. Esto último no lo creyó nadie, a pesar de que le aplaudieron la buena intención.

Yo había visto en el *Mussolini Opera*, de Turín, al negro que se lavaba la cara y dejaba el agua completamente limpia, caso insólito en los años del palanganero y de la toalla, que preocupó a la Prensa turinesa hasta el extremo de hacerla afirmar que aquel socio era un hábil prestidigitador que nos hacía ver lo negro blanco.

Yo había visto en el *Concert Mustafá Kemal*, de Constantinopla, al único número que le hizo decir "¡qué bien!" a Kemal. Se trataba de un domador de anguilas que presentaba seis

en libertad, seis con cadena y una con arroz. Esta última es la que más gustaba... Pero las otras hacían trabajos de adivinación del pensamiento, de acrobacia, de malabarismo y de canto. Algunas, como legítimas anguilas, trataban de no trabajar y procuraban escurrirse; pero no las valía.

Yo había visto en el *Spaventa Hipódromo*, de Buenos Aires, al caballo hipnotizado que se dormía ante los espectadores. Y lo bestialmente raro de este número sensacional es que el caballo, antes de dormirse, daba exactamente catorce cabezadas. Ni entonces,



Dib. CARREÑO.—Madrid.

—¿No sabes? Anoche en el baile se me declaró Polito.

—Sí, ya le ví. Estaba borracho perdido.

ni ahora, ni nunca, he podido explicarme, ni me explicaré, cómo podía un caballo dar catorce cabezadas no teniendo más que una. ¡Es un horrible misterio que recomiendo a los sabios con barba larga!

Y, finalmente, yo había visto en el *Circo Papanatápolos*, de Atenas, al perro carpintero. No diré que meneaba la cola, porque me llamarían ustedes idiota con inapreciable razón; pero sí diré que confeccionaba un armario en dos minutos, que el armario era de lunas y que el perro era de lunas. Y añadiendo que la orquesta, durante el trabajo del perro, tocaba un

can-can, he terminado y no volveré a empezar más.

Pues, bien: con ser todo esto des-pampanante y asombroso, no es ni la mitad de insólito y aterrador que el número que yo ví en uno de los tres circos de Copenhague. Aquello no se me olvidará mientras viva, primero porque era inolvidable y segundo porque yo tengo una memoria que es un encanto. Me acuerdo hasta de los tiempos en que estaba barata la fruta, ¡calculen ustedes!

El hecho es que en el machaconamente citado circo de Copenhague se anunció, durante mi última estancia, a un domador que presentaba un loro, único en el mundo, según los programas.

Aquello picó mi curiosidad y tomé mi billete con suprema emoción.

El circo estaba brillantísimo la noche del *début*. Ni una sola localidad desocupada ni un solo espectador cesante.

En el cartel de mano leí la explicación, redactada en varios idiomas, entre ellos los tres que conozco (el esperanto, el peruano y el malagueño). Y la explicación decía que el loro que iba a presentarse al público hacía lo que no había hecho ningún loro en la Tierra.

Avido, me agité en mi butaca cuando sonó el timbre avisando que el loro iba a aparecer.

Y, en efecto...

El programa no mentía... El loro aquél hacía lo que yo no había visto hacer a ninguno de sus compañeros. ¡¡No había ni una palabra!!...

ERNESTO POLO

Es una producción de

OROCREMA
FAMOSO JABÓN DE ALMENDRAS

ÚSELO Vd!
Es el mejor tratado de belleza de la piel

LOS PERFUMES DE TASARA

BADALONA

Las apuestas de Sanatán

Cuando nació el pequeño Sanatán, Dulcinea, su madre, lloró.

—No llores—le dijo Sanatán el viejo.

—No he de llorar—exclamó la atribulada mujer—, si ha nacido nuestro hijo con seis dedos en la mano derecha y cuatro en la izquierda!

—Por poco te afliges—replicó el padre del infante—. ¿No cuenta en total diez dedos como tú y como yo?

—Sí—suspiró Dulcinea—. Pero nosotros tenemos cinco en cada mano. Y él...

—¡Bah! Una mala distribución sin importancia.

—Además, es feo como tú, y yo hubiera querido que fuera tan hermoso como el sol.

Dulcinea volvió a llorar.

—No llores—repitió el viejo Sanatán—. Peor hubiera sido que naciera con dos bocas y ganas de comer por las dos.

—¡Calla, Sanatán!

—Callaré cuando te diga que lo que tú crees una desgracia puede ser nuestra felicidad.

Dulcinea abrió los ojos. Había escuchado la palabra "felicidad" y sabía que ésta, en los labios de Sanatán el viejo, era sinónima de otra, mágica y maravillosa: "dinero".

—Habla, Sanatán, explicame—rogó Dulcinea.

Y Sanatán explicó...

II

El día que el pequeño Sanatán—al que llamaremos desde ahora "Deditos"—cumplió un año, tomóle en brazos su padre y con él marchó a la ciudad, donde pensaba poner en práctica el plan que había de proporcionarles la "felicidad".

—¡Y qué fácilmente!—pensaba el viejo judío, mientras caminaba—. Sin trabajar apenas, con mi niño y esta bolsa...

Y acariciaba, con delectación, una grande de cuero, que llevaba atada alrededor de la cintura.

—¡Qué gozo cuando regrese con ella repleta de monedas!—pensaba.

Y Sanatán, equivocadamente, besó al niño, creyendo que besaba a la bolsa.

III

Ya en la ciudad, Sanatán el viejo eligió una plaza concurridísima por los viandantes, y, después de sentar a "Deditos" sobre un pañuelo extendido en el suelo, comenzó a agitar una campanilla que, a prevención, llevara. Pronto se vieron rodeados de curiosos.

—¿Qué haces?—preguntáronle.

—¡Mi niño!—clamó Sanatán.

—¿Qué le sucede a tu niño?—interrogaron de nuevo aquéllos.

—¡Un fenómeno! ¡Tiene seis dedos en su mano derecha! ¡Fijaos!

Y la mostraba. Pero no hacía lo mismo con la izquierda, que permanecía enguantada.

—¡Qué fenómeno!—rieron todos.

—¿Y qué quieres—dijo despectivamente uno del corro—, ¿que te demos dinero por enseñarnos ese portento?

—Te equivocas—protestó con altivez el viejo Sanatán—. Yo no pido dinero. Tengo cuanto necesito y, a veces, me sobra.

—Entonces, ¿qué—preguntaron todos, intrigados.

—Y para demostraros que me sobra el dinero—continuó hablando el viejo judío, sin hacer caso de la pregunta—os apuesto diez monedas a que no acertáis los dedos que tiene mi niño en las manos.

Llovieron las apuestas.

—¡Diez, a que sí!—afirmó uno.

—¡Treinta!—gritó otro.

—¡Quince más!—agregó un tercero.

—¡Cincuenta!

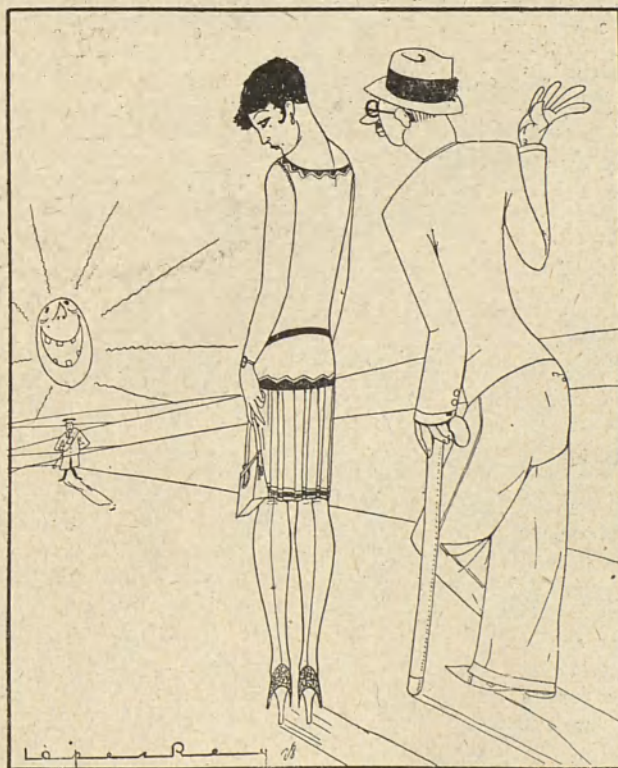
—¡Noventa!

Y así todos, unos más, otros menos.

Sanatán fué recogiendo las monedas, que introdujo en su bolsa de cuero. Después dijo:

—Si ganáis, os devolvéré, naturalmente, el doble de lo que me entregáis. Si perdéis, no he de deciros nada. ¿Cuántos dedos tiene mi niño?

—Es cosa fácil—habló el que primero apostara—. Seis en la mano de-



Dib. LÓPEZ REY.—Madrid.

—¡Joven; está usted muy mona!

—¡Qué pesado! Siempre llevo una cola de hombres detrás.

—No le extraña llevar una cola; es usted muy mona.

recha y cinco en la izquierda, pues once.

—Eso, once.

—¡Claro, once!

—¡Once!

—¡Once!

Todos coincidieron en el número.

—Once, ¿eh?—dijo, sonriendo, el viejo Sanatán, mientras desenguantaba con nerviosidad la diminuta mano de "Deditos". —¡Fijao! ¡Son diez! Seis en la mano derecha y cuatro en la izquierda, total... que habéis perdido.

Y antes de que pudieran reponerse de la impresión, Sanatán el viejo había desaparecido.

Por si acaso...

IV

Enterado el feroz y sanguinario Samuel Chacalón, que a la sazón gobernaba en la ciudad, de las mañas de que se valía el viejo Sanatán para enriquecerse, dió orden de que fuese llevar a su presencia en compañía de su hijo "Deditos".

—¿Qué quieres de mí?—preguntó le Sanatán, doblegándose en ceremoniosa reverencia.

—Hasta mis delicados oídos—habló el terrible Chacalón—han llegado denuncias sobre las apuestas que, ilegalmente, vienes haciendo, día tras día, desde tu llegada a la ciudad.

—Ilegalmente, no—protestó el vie-

jo Sanatán—. Ellos apuestan conmigo y pierden, justo es que yo me lleve el dinero.

—¡Perro!—gritó indignado el sanguinario Chacalón—. ¿Aún te atreves a negarme lo que yo mismo presencié una mañana en la plaza grande, disfrazado de mendigo?

—Yo no niego; digo sólo que no apuesten.

Creció la indignación del feroz y poderoso Samuel.

—¡Calla, miserable! ¡No volverás a apostar! ¡Voy a dar una orden que te ha de estremecer! ¡A tu hijo le será amputado el dedo que le sobra en su mano derecha!

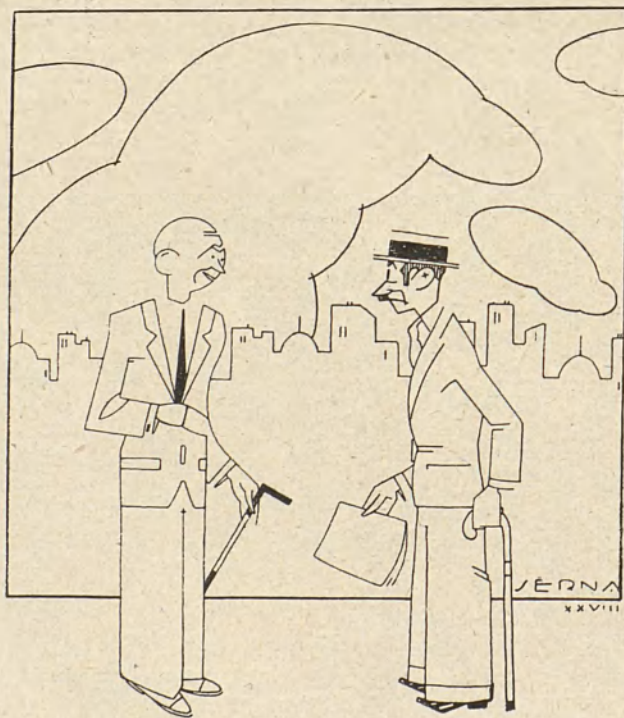
—¡Favor! — imploró Sanatán—. Considera que aún no he reunido mas que la mitad de la "felicidad" que me proponía y pienso marchar a otra ciudad para lograrla.

—¡Ah, ladrón!—rugió Chacalón—. Quieres marchar a otra ciudad porque en ésta ya te conocen todos, y no apuestan, ¿verdad? ¡Pues no volverás a engañar a nadie!

—¡Favor! — repitió Sanatán mil veces.

Pero el poderoso e implacable Samuel Chacalón no revocó la sentencia.

Y "Deditos" perdió uno de su mano derecha.



—¿Cómo sigues de la cabeza, García?

—Ahora me ha recetado el médico unos sellos para recobrar la memoria.

—¿Y notas mejoría?

—No; es que se me olvida tomarlos.

Dib. SERNÁ.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

V

Pasaron varios meses.

Y Sanatán no abandonó la ciudad.

Una mañana, el viejo judío llegó a una plaza concurridísima por los viandantes, y después de sentar a "Deditos" sobre un pañuelo extendido en el suelo, comenzó a agitar una campanilla que ya hemos escuchado anteriormente.

Igual que en otro tiempo, pronto se vieron rodearon de curiosos.

—¡Mi niño!—clamó Sanatán por millonésima vez.

—¡Te conocemos, perro viejo—exclamaron a coro los curiosos.

—¡Ya no nos engañas!

—Os equivocáis. Yo jamás os engaño. Apostamos y perdisteis. Mil veces volvería a apostar, y, si perdáis, otras tantas había de ser mío vuestro dinero.

—¿Volverías a apostar conmigo?—preguntó uno con trazas de mercader y cara de zorro.

—¿Por qué no? Y con otros.

—¡A que no!—gritaron todos.

—Empecemos.

Como en otro tiempo, también menudearon las apuestas.

—¿Cuántos dedos tiene mi niño?

Y mostraba la mano izquierda, en la que había cuatro dedos. Pero, como siempre, ocultaba una de ellas, ahora la derecha.

—¡No nos dejemos engañar!—dijeron todos—. ¡Ha cambiado de mano! ¡Pero no importa! ¡En la otra tiene seis!

—¿Cuántos dedos tiene mi niño?—repitió una vez más Sanatán.

Habló primero el que tenía cara de mercader y trazas de zorro.

—Cuatro en la izquierda y seis en la derecha, pues diez.

—¡Eso, diez!

—¡Diez!

—¡Diez!

Igual que siempre, todos coincidieron en el número.

Y como siempre, también Sanatán fué desenguantando, poco a poco, la mano derecha y diminuta de "Deditos", y mostrando ambas, dijo:

—¡Son nueve! ¡Cuatro en la izquierda y cinco en la derecha, total... que habéis perdido!

Y antes de que pudieran reponerse de la impresión, Sanatán había desaparecido.

Como siempre, también, por si acaso...

VI

Y aquí termina el cuento del viejo Sanatán y sus apuestas.

PABLO TORREMOCHA

DEL BUEN HUMOR AJENO

Dádivas, préstamos y garantías

por P. Mac Orlan

Ocurrió, no hace mucho tiempo de ello, que un dios de Extremo Oriente, habiendo reencarnado en la piel de un plátano, fué embarcado a bordo de un "paquebot" de tres chimeneas, de una Compañía belga, y descendió como un artículo de importancia en los muelles de la bella ciudad de Amberes.

Durante la noche que siguió a su desembarco, este dios volvió a la forma divina y se adentró en el país llano, en el admirable Flandes que se extiende entre brujas y el mar. Cuando caminaba por las dunas de Knocke, con la cabeza tan luminosa como una bom-

billa eléctrica, encontró, viniendo de Sluis, a un pobre hombre, el cual al ver a este personaje tan maravilloso, cayó de rodillas al suelo.

—Hijo—dijo el dios levantándose—, que no se diga que me ha podido contemplar un hombre sin obtener beneficio. Voy a concederte una dádiva: pide lo que quieras, pero antes dame un poco de ese queso que llevas a tu mujer.

El hombre se llamaba Lamme. Aceptó tímidamente y pidió al dios que le diese 500 francos. La divinidad le dio el billete, y Lamme corrió a dar la

buena noticia a su mujer, ya que el queso había quedado muy mermado. En el camino se encontró con Jef, quien al verlo tan lleno de júbilo, le preguntó lo que le había ocurrido.

—¡Tengo 500 francos!—respondió Lamme.

—¡Ah! ¡Bien harías en prestarme los hasta mañana; yo te los devolveré sin falta.

Lamme le prestó el dinero y al día siguiente volvió a encontrar al dios, quien dormía cerca del molino de Siska.

—Yo quería otra cosa que no fuese dinero—pidió con aire triste—; algo cuya adquisición fuese sólo para mi provecho.

La divina le dio unos libros, y Lamme, cargado como un repartidor de ejemplares a los periódicos, se encaminó hacia su domicilio lo más aprisa que pudo. Iba ya a penetrar en su casa cuando su amigo Van Meulen le paró y le preguntó:

—¿Qué llevas ahí?

—Libros—respondió Lamme.

—¡Ah! ¡Bien harías en prestarme los hasta mañana; yo te los devolveré sin falta, en cuanto los haya leído.

Lamme se los prestó, y al día siguiente, completamente abatido de tristeza, fué a buscar a su divino protector, quien se disponía a reencarnar en forma de otro producto de exportación.

—Señor—gimió Lamme—; tú me has dado dinero y lo he prestado, sin que me lo hayan devuelto; tú me has dado libros, los he prestado y no me los han devuelto tampoco. Dame algo que esté seguro de conservar para mí solo.

Entonces Brahama, pues él era, se separó un poco, tomó aire, y le sacudió dos bofetadas que pusieron la cara lisa al honrado Lamme. Después añadió:

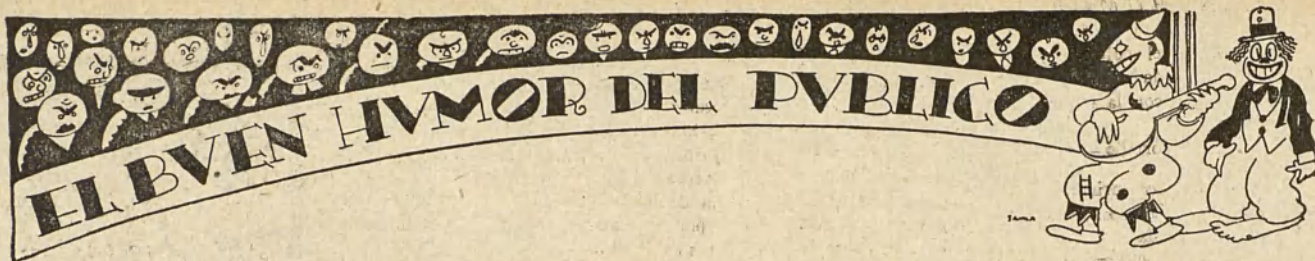
—Esto es para ti solo, te las doy de buen grado y puedes darlas a tu vez a quien quieras, seguro de que siempre te las devolverán.

Dicho esto, terminó sus preparativos para reintegrarse a Colombo y recuperar su prestigio.

G. P.



HISTORIA DE ALGO QUE A TODOS NOS HA PASADO,
O EL CAJON QUE NO SE CIERRA



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente supón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

Dos andaluces en Madrid:
—Ezto zi que ez grande. Po dié séntimo yega ozté en er Metro jazta laz *Delisia*.
—Po ozté no zabe lo mejó. Po veinté toma ozté er Metro en la Puerta er Zó, y ze paza ozté la *Gran Via*...
Yo y Tú.—Madrid.

—¿En qué se parece un bañista a una tortuga?
—En que el bañista se pasa el día nadando, y la tortuga *na-da anda*.
R. Rozas.—Llanes.

El boxeador en la farmacia:
—¿Señor boticario, déme vein-

Señoras

Compreñ siempre sus sombre-ros en
LA HORRA
Los últimos modelos en som-breros para señoras y niñas.
Fuencarral, 26, entresuelos.
Montera, 15 y 17, entresuelos.

te céntimos de goma arábica..., pero bien despachada, que tengo que pegar hoy mucho!

Juan Orozco Peinado.
Algeciras.

—¿Cuál es el artista que, si te atiza un puntapié te alimentas?

—¡...!
—Tita Ruffo.

—¿...?
—Sí, hombré; porque te da una *patá Tita*.

J. natelaraajá.—Puente de Vallecas.

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido declarado desierto.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial
LOGROÑO

Un cojo intenta suicidarse arrojándose de una terraza, y consigue su propósito, aunque es cogido con vida por breves instantes.

Al preguntarle por qué se ha querido matar, contesta:
—¡Toma, porque me habían dicho que el que se muere *estira* la pata, y yo ya tenía la mar de ganas de *estirlarla*!
Castillo y Margarita J.—Nador.

El colmo de un monaguillo:
Limpia los cepillos.
Matías Pérez M.—Murcia.

—¿Cuál es el colmo de la Sociedad Protectora de Animales?
—Proteger la *mona* de un borracho.

Eslo-Vera.—Melilla.

—¿Por qué abundan tanto en Carnaval las máscaras vestidas de Pierrot?
—Porque son las *más-caras* más baratas.

Luis Lapuerta P.—Madrid

Un cura de un pueblo de Andalucía encargó a un pintor un cuadro de la cena. Llegó el



El hombre.—¡Oh! *Seguramente que usted, señorita, no esperaba encontrarme aquí.*

La señorita.—¡Claro que no, y eso que he roto un espejo anoche!

día de la fiesta, y momentos antes de la bendición del cuadro notó el cura que en vez de doce apóstoles eran trece; y, todo lloroso, se lo comunicó al sacristán, quien le dijo:

—No se apure usted, pare, que yo lo arreglaré.

Y debajo de la figura de un apóstol puso esto escrito: "Este gachó no es un apóstol; es un convidao que en cuanto cene se irá."

Luisa Yáñez.—Barcelona.

En una farmacia, donde se vende un específico infalible contra la tos, entra un cliente y pide un frasco.

Dependiente.—¿Quiere usted grande o pequeño?

Cliente.—¿Qué precio tienen? Dependiente.—Frasco grande, tres pesetas; pequeño, dos.

Cliente.—A ver, sáqueme uno grande.

Y después de haber visto su tamaño, le dice amablemente: —¿Hace el favor de enseñarme los *de dos*?

El dependiente, creyendo que le dice sus dedos, que los lleva vendados, se los enseña al cliente, y éste se queda mudo de asombro.

A los pocos momentos dice el dependiente:

—Usted dispense... Creí que... Y no pasa más.

Juvenal Baroja.—Zaragoza.

—¿En qué se parecen los alabarderos al premio gordo de la Lotería?

—En que siempre vienen de perilla.

Mary y Pili.—San Sebastián.

En un restaurante módico.

El cliente (que es miope).—

—¿De qué es esta tortilla?

El camarero.—De jamón.

El cliente.—Pues no le veo la punta.

Gerardo Martínez Andrés.
Madrid.

—¿Cuál es el colmo de un orfeonista suicida?

—Ahorcarse con la cuerda de baritonos.

C. Porrillo.—Madrid.

Totó visita por primera vez a Chché, a quien recientemente ha sido presentada.

Chché hace los honores a su amiga, mostrándole orgullosa las espléndidas habitaciones de su casa.

En una de ellas hay un magnífico brasero antiguo. Totó lo contempla admirada. Y Chché le pregunta:

—¿Qué te gusta esta copa? Es de mi abuelita.

—Estupenda, chica. ¿Y en qué la ganó?

Fé Hita.

—Dicho sea con todos los respetos, ¿en qué se parecen los hombres de ciencia a los bueyes?

—En que trabajan con la cabeza.

Albellanos.—Madrid

OZONOPINO Ruy-Ram

—¿En qué se parecen los niños pequeños a los autos?

—En que dicen ¡papá, papá!
Confort.—Alcázar.

Entre andaluces:

—Oiga usted, compare: ¿no vé usted ahí arriba, en la veleta de la Giralda, los mosquitos revoloteando?

—¡Verlos, no los veo; pero siento los sumbios!

Tronchito.—Madrid.

Entre amigos:

—¿Pero qué te sucede, Roberto?

—Vengo desesperado, Arturo. Sabes que me casé el mes pasado con una checoslovaca...

—¡Tremenda de gorda; ya lo sé, chico!

—Pues hoy ha venido de su país mi suegra, y pásmate: habla español, francés, inglés, alemán, italiano, portugués, ruso y supongo que checoslovaco.

—¿Y qué te perjudica a ti su sabiduría poliglota?

—¿Pero no te das cuenta? ¡Una suegra que posea tantas lenguas es algo apocalíptico!
Carlos Atienza.—San Sebastián.

Correspondencia familiar:

“Querido padre: Escribo a usted el lunes, para que llegando ésta a sus manos el martes, haga usted el miércoles las diligencias precisas para enviarme algún dinero el jueves, a fin de que yo lo reciba el viernes; porque si no, tomaré el tren el sábado y me veré con usted el domingo. De usted apasionado hijo.—Ciriaco.”

“Mi querido hijo: A tu carta del lunes, recibida el martes, contesto el miércoles para que sepas el jueves que no tendrás dinero el viernes; y que, si tomas el tren el sábado, te desengañarás el domingo de que no siendo ni domingo, ni sábado, ni viernes, ni jueves, ni miércoles, ni martes ni lunes, cualquier otro día estará mi bolsillo a tu disposición. Tu amante padre.—Anacleto.”

E. Cámara.

Un individuo se despide de su amigo:

—¿Qué quieres algo para el Japón?

—¿Pero es que definitivamente te vas?

—En el próximo correo.

—¿Y cuándo es el regreso a nuestra patria?

—Probablemente nunca; porque creo que el negocio que llevo dará resultado, y allí me quedaré. Conque si deseas alguna cosa...

—Hombre, por si no vuelves más aquí, quisiera un favor grandísimo de ti.



—Toda la vida limpiando la plata y bronce...
Estoy segura que cuando me muera, lo primero que me van a mandar hacer en el cielo será sacar brillo a las trompetas de todos los ángeles.

—Habla, ya sabes que te quiero.

—Pues que... te llevases a mi mujer y a mi suegra.

Francisco Olivar.—Madrid.

—¿En qué época del año dejamos de ser formales todos?

—¿...?

—En el invierno.

—¿Por qué?

—Porque entonces nos sentimos frescos.

Charito Blasco.—Málaga.

Entre dos gachós que están regañando:

—¡Ahora que me voy a ir a Madrid, le voy a comprar a usted un poco de vergüenza!

—¡Compare, no se meta usted a comprar género que desconoce!

Miguel Peregrín García.
Madrid.

—¿En qué se parecen los mondadientes a los juguetes?

—En que son pa-los chicos.

Jerónimo Gómez.—Madrid.

En un entrenamiento de fútbol, sale al campo un jugador en camiseta. Notándolo el capitán, le dice indignado:

—Pero, animal, ¿cómo va usted a jugar de interior siendo medio?

Victegio.—Bermeo (Vizcaya).

En un comercio:

—¿Son buenos estos guantes?

—Ya lo creo; hay clientes que me compran un par cada semana.

Ur Musica.—Bilbao.

HERNIAS
Bragueros científicamente.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Ingasto Figueroa 8

CAÑAS

INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo. Venta, todas partes y autor N. López Caro, Santiago, y sucursales de Barcelona, Caspe, 32, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pidase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro. República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

SANTIAGO

CUPON
correspondiente al número 354 de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de artistas o como colaboración espontánea

Correspondencia muy particular



Lamentable lista de producciones literarias, y nombre y señas de sus malaventurados autores, que en estos últimos días no han podido gozar del ruidoso honor de hacernos gracia.—Forman el doloroso grupo las crónicas, cuentos, versos, narraciones, epigramas, elucubraciones fantásticas, diálogos festivos, encinurias veraniegas, prosas inclasificables y demás zarandajas, cuyos títulos y confeccionadores se expresan: “Retahíla amorosa” (por Morenito de Alcalá, de Madrid); “Una corrida accidentada” (por J. A., de Barcelona); “La tragedia de Filemón Paradás” (por Chaparro, de Madrid); “La receta” (por Dieguez, de Valencia); “La última niña honesta” (por C. G., de Madrid); “Mi amigo el autor” (por Yo, de procedencia ignorada); “Mi paseo madrileño” y “Colección de viajes hispanochistófilos” (por R. Cruz, de Madrid); “Un momento de amor de Gerinda Pisanelli” (por Simplicio Majaderano Pata de Cabra y Cabeza de Buey, de población que no se indica); “Excelentísimo señor rector de la Universidad Central...” (por Gonzalo Gómez, de Madrid); “Cabaret” (por V. M., de Alicante); “Mecheromanía” (por A. L., de Madrid); “Los desconocidos” y “El salvador” (por R. M.-L. A., de Berlanga, calurosa provincia de Badajoz); “El arca de Noé” (por F. R. M., de Madrid); “Una efemérides de Onofre Guijuelo” (por L. C., de Valladolid); “Culpa mía no fué” (por J. de C. y de M., de Madrid); “Invierno en Primavera”, “Una mujer modelo” y “¡Que me embargan!” (por J. M. C., de Hoz de Anero, turística provincia de Santander); “Espiritismo” y “Un gran negocio” (por C. G., de Madrid); “Cuentos judíos” (por Yahia Ben Yusef, de lugar absolutamente misterioso); “Cinco años después” (por Carlos Díez, de Madrid); “La fruta de primavera” (cuento valenciano, de

un realismo demasiado terrible para olfatos castos, por R. F. P., de Játiva); “El hueso de aceituna” y “Expansiones de un auriga” (por S. M. V., de Madrid); y finalmente, “El anónimo” (por Xauxau, también de esta encantadora villa y corte de nuestros amores).

González (Madrid).— Su poesía es una verdadera e indiscutible preciosidad, indigna de unos hombres tan analfabetos y tan estúpidos como nosotros. Una idea: ¿por qué no la envía usted a un periódico francés, donde seguramente podrían traducírsela con mucho gusto?... ¿Es que teme usted que no la entiendan? ¿Porque por eso no se preocupe! ¡Ya ve usted: nosotros somos españoles y no la hemos entendido tampoco!...

N. G. (Huelva).—No tiene remedio. ¡Es usted un imbécil!

D. G. M. (Valencia).—¡Ah, caramba! ¿De modo que usted no ha sacado cédula, y encima se pitorrea del Excmo. Ayuntamiento de esa heroica, sufrida, calurosa y levantina ciudad?... ¡Pues bien, no se reirá usted mucho tiempo! ¡Por este mismo correo escribimos al ilustre alcalde de Valencia, nuestro amigo particular, denunciándole a usted con pelos y señales para que le siente la mano! ¡Aunque preferiríamos que el alcalde le sentase a usted la vara! ¡Y en las costillas, y lo más cómodamente que pudiera!...

R. G. C. (Roma).—Apreciable romano: ¡hasta que se dilucide si Nobile tiene la culpa

del fiasco polar, queda en suspenso nuestra contestación!... Podría usted pagar en esta casa culpas que no tiene, y no queremos ser injustos. ¡Viva Nerón!

Procópiez (Madrid).—Muy tonto y ligeramente plomizo.

A. Z. A. (Valladolid).—Es usted un deplorable observador, amigo y dilecto compañero. Dice usted tan tranquilo que no conoce un solo ser que hable en prosa. Y está usted lastimosamente equivocado. El elefante, la pulga, el langostino y el ratón, por no citar más, no hablan en prosa y son tan seres como usted. ¡O usted es tan animal como ellos, si le parece mejor que le digamos así!

T. P. R. (Atocha).—Hemos tenido la esplendorosa benevolencia y la amabilidad tropical de aceptar dos de los ocho dibujos que ha enviado, y además llevaremos nuestra generosidad hasta el desmesurado extremo de ponerles unos pics, que quizá llegarán incluso a tener gracia, si el cielo tiene la gentileza de inspirarnos un poquillo.

P. D. A. (Salamanca).—Por ese camino de los comentarios doctorales no va usted mal. Un poquito más de humorismo saleroso y unas porciones de habilidad para escoger los temas a tratar, y a ver si acertamos!... Lo de “El ventno adulterado” es manifiestamente “asatira”.

G. N. V. (Madrid).—¿Por qué no hace usted oposiciones para entrar en Correos? ¡Porque si continúa usted escribiendo así, las oposiciones las va usted a hacer para entrar en Prisiones!... Y lo peor es que las va usted a ganar, porque es que entra usted en la cárcel por la puerta grande. ¡Eso es axiomático!



—Lo mejor será no tocarlo, porque el señor puede estar debajo...

CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos

DEPOSITARIO
URQUIOLA-MAYOR.1
MADRID

Talleres PRENSA NUEVA.—Calvo Asensio, 3, Madrid.
Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



Dib. RAMIREZ.—Madrid.

—Yo, señorita, soy hijo de viudo y mi papá tiene una fortuna de cinco millones...

—¿Por qué no me presenta usted a su papá?

Ayuntamiento de Madrid